

# XII Domingo Tiempo ordinario

## San Juan Bautista

Isaías 49, 1-6; Hechos de los apóstoles 13,22-26; Lucas 1,57-66.80

«¿Qué va a ser este niño? La mano del Señor está con él»

24 Junio 2012 P. Carlos Padilla Esteban

«Allí donde Dios nos pone quiere que echemos raíces y demos vida. No podemos esconder esa luz, no podemos dejar de ser lo que Dios espera»

Con facilidad en nuestra vida podemos ser derrotistas y mostrarnos incapaces de mirar con optimismo el futuro. Cuando esto sucede perdemos la esperanza y no damos luz a tantos que hoy viven en la oscuridad. Dejamos de creer en la protección de Dios y pensamos que ya no está con nosotros, sosteniéndonos en el camino. Por el contrario, cuando confiamos en su cuidado, nos armamos de valor y empezamos a creer en la bondad de los hombres y en el bien que Dios nos tiene preparados. Porque nuestra tentación ante las dificultades y pruebas es siempre la misma: perdemos la esperanza. El otro día leía la reflexión de una madre que se encontraba en una situación complicada: «Si nos centramos ahora en la prueba que nos espera, nos quedaremos petrificados hasta que nos destruya. Paralizados por el miedo, para terminar arrollados por la desesperación. Lo peor siempre es certero. Vale, pero lo mejor también existe. Y merece que nos regodeemos en ello»<sup>1</sup>. Lo bueno también existe. Aunque muchas veces nos confrontemos con la fragilidad propia y con la de los otros. Aunque nos cueste ver lo bueno cuando lo malo parece tener tanta fuerza. Nos llenamos de miedos al sentirnos tan frágiles. Decía Jean Vanier: «¿Quién puede ayudar al ser humano a admitir su fragilidad, esa fragilidad oculta tras las barreras de sus miedos? Ni la ciencia ni la tecnología pueden salvar a la humanidad. No tienen los medios para liberar los corazones y abrirlos al amor y al compartir. El psicoanálisis puede liberar de algunos bloqueos, pero no puede cambiar un corazón de piedra en un corazón que ame; no puede dar la vida, la esperanza y el gusto por el compartir»<sup>2</sup>. Cuando nos bloqueamos sólo Dios puede sacarnos de nuestra oscuridad. Puede hacernos creer de nuevo en nuestro valor y asumir con humildad los propios límites. En este tiempo de desesperanza, de dudas y miedos, de tormentas y crisis, el corazón corre el peligro de amedrentarse y huir. Corremos el riesgo de pensar que la derrota es segura y que no hay salida. Una persona comentaba: «Es necesario mirar al futuro con una sonrisa y optimismo, si eso es lo que quieres obtener. De paso te haces el camino más ameno». Quisiéramos tener la llave secreta para abrir los corazones a la esperanza. **Quisiéramos ser nosotros luz para otros.**

**Vivimos en un tiempo difícil.** Una crisis económica y de valores que toca todos los ámbitos de la vida. Está teniendo lugar un fuerte cambio social. Ante tantas experiencias de dolor y de límite a las que nos enfrentamos cada día, nos sentimos sobrepasados e impotentes. Entonces podemos llegar a exclamar como los discípulos en la barca que iba a la deriva en el mar revuelto: «Maestro, ¿No te importa que nos hundamos?» Es la sensación que a veces tenemos en medio de las dificultades de la vida. ¿No le importa a Dios la situación que atravesamos? ¿No le importan nuestras dificultades económicas, nuestras enfermedades? ¿Dios se ha dormido y ya no le importa si morimos? Nos parece que Cristo

<sup>1</sup> Anne-Dauphine Julliand, “Llenaré tus días de vida“, 158

<sup>2</sup> Jean Vanier, “Hombre y mujer los creó“, 163

duerme plácidamente en medio de un mar revuelto. Se ha alejado de nuestros problemas y parece que no le importamos. Es tan grande la montaña que tenemos que escalar, está tan revuelto el mar que surcamos, que no nos sentimos con fuerzas para hacerlo todo nosotros solos. Por eso nos alegra escuchar: *«El se despertó, reprendió al viento y dijo al mar: -¡Cállate, enmudece! Entonces el viento cesó y sobrevino una gran calma. Jesús les dijo: -¿Por qué teníais tanto miedo? ¿Aun no tenéis fe?»* Nos falta fe. Nos cuesta creer en aquello que no vemos. Nos cuesta creer que perder a un ser querido pueda tener algún sentido. Aunque sepamos muy bien que el cielo es nuestra morada definitiva. Nos hemos apegado a esta tierra y nos cuesta soportar el dolor como parte de nuestro camino. Ante el mar revuelto nos sentimos inseguros. Una persona, en medio de su enfermedad, comentaba: *«Me da miedo pensar cuánto más me va a pedir Dios; no sé cuánto más puedo aguantar. Cualquier actividad me cuesta mucho. Al mismo tiempo, veo que aún puedo estar así mucho tiempo. Me da miedo la incertidumbre ante el futuro, no paro de preguntarme cuánto tiempo voy a estar así, si voy a mejorar algo»*. Son preguntas y miedos que surgen en el corazón ante la incertidumbre del futuro, ante la enfermedad o la crisis. ¿Cuánto tiempo podremos aguantar? ¿Cuánta fuerza nos queda? La debilidad del corazón es manifiesta. Decía San Cipriano: *«Si el cristiano escapa a los extravíos y a los asaltos de nuestra naturaleza caída, como de un mar en furia, si se establece en el puerto de Cristo, en la paz y la calma, no debe admitir en su corazón cólera ni discordia. No le está permitido devolver mal por mal, ni dar cabida al odio»*. Cuando reposamos en la paz de la barca del Señor todo cambia. En la paz de Cristo sólo cabe el amor. **En su paz recobramos la esperanza.**

**Lo que nos resulta claro es que el sufrimiento es parte de la vida.** Sin embargo, como es lógico, no nos gusta sufrir. Sabemos que el hombre es limitado y sufre por sus limitaciones. Quiere trascenderse y choca con la realidad cotidiana de su pequeñez sujeta a la tierra. Pero nos hemos acostumbrado a identificar la felicidad con la ausencia de sufrimiento. Decía el P. Kantenich: *«No olvidemos que el sufrimiento es una parte esencial de nuestra vida cristiana. De otra forma, cuando el dolor se anuncie en nuestra vida seremos presa de grandes desilusiones y no saldremos de nuestro asombro. Si queremos ser miembros de Cristo, es evidente que debemos hacernos cargo del sufrimiento. Ser hombre es ser un portador de la cruz»*<sup>3</sup>. Es fácil decirlo y otra cosa es vivirlo con paz. Una madre relata la actitud de su hija ante la enfermedad: *«¿Cómo hace para sobrellevarlo todo con una sonrisa? ¿De dónde saca esta paz y esta fuerza para soportar tantas pruebas? Podemos creer que no tiene conciencia de todo, que no prevé el futuro, que olvida enseguida las malas experiencias, etcétera. Sí, claro, pero no es sólo eso, lo noto. Ella no sufre su enfermedad, vive su vida. Se bate por lo que puede cambiar, acepta lo que no puede evitar. ¡Qué sabiduría!»*<sup>4</sup> Podemos optar entre sufrir nuestra enfermedad o vivir nuestra vida. Podemos agotarnos luchando contra molinos de viento, empeñados en cambiar las cosas que no pueden cambiar. O podemos adquirir la sabiduría de esa niña que sabía invertir su esfuerzo en lo que sí podía mejorar y era capaz de aceptar la realidad tal como era. Padecer bajo los sufrimientos diarios o llevarlos con paz, es una decisión en nuestra vida. Pero no es nada fácil. El corazón humano anhela la plenitud, el amor eterno, la alegría sin sombras. Muchas veces no va a ser así, aunque le hayamos dicho que sí a Dios, aunque le hayamos asegurado que íbamos a aceptarlo todo con alegría. Nos falta fe. Resuenan las palabras de Jesús: *«¿Aun no tenéis fe?»* Sí, nos falta fe. Luchamos y nos debatimos entre la búsqueda del querer de Dios y nuestro propio querer. **¡Es tan difícil vivir la sabiduría de esa niña!**

**Queremos cambiar este mundo que no nos gusta como es.** Nos rebelamos ante las injusticias y no soportamos que los que más tienen exploten a los que tienen menos. Nos sublevan las mentiras y la codicia que se convierte en forma de vida. Nos sobrecoge tanta pobreza, tanto dolor, tanta angustia. ¿Hacia dónde caminamos? ¿A dónde vamos a llegar? ¿Hay alguna salida? Surge el miedo. Y escuchamos la pregunta de Jesús: *«¿Por qué teníais tanto miedo?»* Nos asusta pensar hasta lo que puede llegar el ser humano. Nosotros mismos

<sup>3</sup> J. Kantenich, “Niños ante Dios”, 210

<sup>4</sup> Anne-Dauphine Julliand, “Llenaré tus días de vida”, 86

podemos sorprendernos siendo injustos, codiciosos, mentirosos, avariciosos, violentos, con los que tienen menos poder que nosotros. Podemos caer en la injusticia y en la explotación en nuestra pequeña parcela de poder. El otro día leía: *«Ninguna acción, sin importar lo pequeña que sea, es insignificante. La forma en que tratamos a una persona define cómo tratamos a todo el mundo, incluidos nosotros mismos. Si no respetamos a los demás no nos respetamos a nosotros mismos. Nuestras acciones son manifestación de nuestras creencias»*<sup>5</sup>. Cada vez que actuamos con egoísmo, cada vez que la codicia nos domina, cada vez que somos injustos en nuestros juicios, cada vez que nos aprovechamos de los que tienen menos, estamos contribuyendo a crear un mundo que no es el mundo soñado por Dios. Decía Ortega y Gasset: *«Mientras el tigre no puede dejar de ser tigre, no puede destigrarse, el hombre vive en riesgo permanente de deshumanizarse»*. La necesidad puede llegar a sacar lo peor de nuestro corazón. Podemos deshumanizarnos, podemos perder nuestra esencia cuando vivimos angustiados por no perder la vida. La pobreza extrema despierta la violencia en el corazón. Nos puede hacer más insolidarios. La Iglesia hoy denuncia esas actitudes. Decía Benedicto XVI respecto al hombre hoy: *«Debe combatir la codicia, el deseo de ser, de aparentar, el concepto falso de libertad entendido como la posibilidad de disponer de todo según el propio arbitrio, y encontrar esta verdadera vía de la verdad del amor y de la recta vida»*. Es necesario que surja un hombre nuevo en una nueva sociedad. Nuevos valores, nuevas formas de vida. Más respeto y amor. Estamos llamados como cristianos a dar nuestro aporte. **De nosotros depende, de nuestra entrega, de asumir que nuestros actos generan una nueva cultura.**

**Todos tenemos una misión importante en esta vida.** Las palabras del profeta nos lo recuerdan: *«Escuchadme, islas; atended, pueblos lejanos: -Estaba yo en el vientre, y el Señor me llamó en las entrañas maternas, y pronunció mi nombre. Hizo de mi boca una espada afilada, me escondió en la sombra de su mano; me hizo flecha bruñida, me guardó en su aljaba y me dijo: -Tú eres mi siervo, de quien estoy orgulloso. Mientras yo pensaba: -En vano me he cansado, en viento y en nada he gastado mis fuerzas, en realidad mi derecho lo llevaba el Señor, mi salario lo tenía mi Dios. Y ahora habla el Señor, que desde el vientre me formó siervo suyo, para que le trajese a Jacob, para que le reuniese a Israel, tanto me honró el Señor y mi Dios fue mi fuerza. Es poco que seas mi siervo y restablezcas las tribus de Jacob y conviertas a los supervivientes de Israel; te hago luz de las naciones, para que mi salvación alcance hasta el confín de la tierra»* Isaías 49, 1-6. Dios nos ha elegido desde el seno materno para ser luz de las naciones. En nuestro corazón ha inscrito un nombre, un camino, para dar esperanza a los corazones rotos. El otro día leía: *«No hay personas vivas que estén de más en este mundo. Cada uno de nosotros está aquí por un motivo, por un propósito especial, para cumplir una misión»*<sup>6</sup>. No obstante nos cuesta creer en la misión que tenemos en la vida. No entendemos dónde se encuentra nuestro aporte original. Hace poco leía: *«No hay trabajo insignificante en este mundo. Toda tarea es una oportunidad para expresar el talento personal, para crear una obra de arte y ser conscientes del genio que podemos llegar a ser»*<sup>7</sup>. Allí donde Dios nos pone quiere que echemos raíces y demos vida. Nuestra luz muestra un mundo nuevo. No podemos esconder esa luz, no podemos dejar de ser lo que Dios espera. Tenemos que creer en el don que podemos entregar, sin caer en las comparaciones que nos hacen sentirnos inferiores. **Dios tiene una misión valiosa para cada uno. No lo olvidamos.**

**La conciencia de ser elegidos es lo que nos mantiene en pie, es lo que nos da fuerza para la lucha diaria.** Hoy hemos escuchado en el salmo: *«Te doy gracias, porque me has escogido portentosamente. Señor, tú me sondeas y me conoces; me conoces cuando me siento o me levanto, de lejos penetras mis pensamientos; distingues mi camino y mi descanso, todas mis sendas te son familiares. Tú has creado mis entrañas, me has tejido en el seno materno. Son admirables tus obras; conocías hasta el fondo de mi alma. No desconocías mis huesos, cuando, en lo oculto, me iba formando, y entretejiendo en lo profundo de la tierra»* Sal 138,1-3.13-14.15. Hay una elección desde

<sup>5</sup> Robin Sharma, "Las cartas secretas del monje que vendió su ferrari", 123

<sup>6</sup> Robin Sharma, "Las cartas secretas del monje que vendió su ferrari", 287

<sup>7</sup> Robin Sharma, "Las cartas secretas del monje que vendió su ferrari", 171

el seno materno. Dios nos ha pensado desde la eternidad y nos da la gracia para caminar. Hoy escuchamos también en la segunda lectura este mismo signo de elección: «*Según lo prometido, Dios sacó de su descendencia un salvador para Israel: Jesús. Antes de que llegara, Juan predicó a todo Israel un bautismo de conversión; y, cuando estaba para acabar su vida, decía: -Yo no soy quien pensáis; viene uno detrás de mí a quien no merezco desatarle las sandalias. Hermanos, descendientes de Abrahán y todos los que teméis a Dios, a vosotros se os ha enviado este mensaje de salvación*» Hechos de los apóstoles 13,22-26. Juan fue elegido para señalar al Señor como nuestro Salvador. Saberse elegido para esa elección le dio fuerza para la vida. A nosotros esa misma elección nos permite mantenernos en pie y nos sostiene. Entonces recobramos la conciencia de nuestro valor. **Comprendemos que el amor de Dios nos levanta.**

**La elección de Dios nos da la autoestima que tantas veces perdemos.** Cuando tocamos el amor de Dios con nuestras manos descubrimos nuestro verdadero valor y recuperamos la alegría perdida. Necesitamos que alguien nos recuerde todo lo que valemos. Una persona reflexionaba: «*Pensaba en la realidad que dejo de percibir cuando olvido todo lo que Dios me quiere y sólo giro en torno a si me han tenido en cuenta, si soy prescindible, si la gente me espera, si las cosas me llenan*». Cuando vivimos centrados en nosotros mismos, en nuestro egoísmo, no vemos más allá. Entonces fácilmente caemos en la tristeza y perdemos la esperanza. Hablando de su hija enferma, decía su madre: «*Posee una facultad innata para detectar y extraer pepitas de felicidad en el núcleo mismo de la desgracia. La mayor parte de los tratamientos constituyen una fuente de felicidad para ella, pues solo retiene los beneficios*»<sup>8</sup>. Nos gustaría aprender a vivir así. Nos gustaría ser capaces de sacar luz de la oscuridad, alegría del dolor, esperanza de la desesperanza. Nos gustaría poder construir hogares sobre las piedras caídas y abrir caminos en medio del bosque. Nos gustaría extraer luz de la noche y sonrisas del dolor. Ya lo decía el P. Kentenich: «*En un tiempo tan pobre en alegrías, ésta debería ser nuestra tarea esencial: disfrutar de las gotas de miel de la alegría en todas las ocasiones en que Dios quiera ofrecérmolas. Ése es el arte de alegrarse, el arte de educar a otros a la alegría*»<sup>9</sup>. Cuando estamos contentos con nuestra vida, cuando hemos aceptado nuestra realidad y besado la cruz que cargamos, somos capaces de reír en medio del dolor y vemos el futuro incierto con más esperanza. **Pero para ello es fundamental recordar siempre que Dios nos ha elegido, nos ha soñado y nos quiere tal y como somos, allí donde estamos.**

**Juan el Bautista nace y ya su nacimiento está marcado por su vocación:** «*A Isabel se le cumplió el tiempo del parto y dio a luz un hijo. Se enteraron sus vecinos y parientes de que el Señor le había hecho una gran misericordia, y la felicitaban. A los ocho días fueron a circuncidar al niño, y lo llamaban Zacarías, como a su padre. La madre intervino diciendo: -¡No! Se va a llamar Juan. Le replicaron: -Ninguno de tus parientes se llama así. Entonces preguntaban por señas al padre cómo quería que se llamase. Él pidió una tablilla y escribió: -Juan es su nombre. Todos se quedaron extrañados*». El nombre mismo implica una misión. Pero los familiares no entienden lo que Dios quiere de este niño. Sólo sus padres intuyen que Dios quiere algo grande. Zacarías había perdido el habla por su falta de fe. La recobra cuando manifiesta su fe ante su familia: «*Inmediatamente se le soltó la boca y la lengua, y empezó a hablar bendiciendo a Dios. Los vecinos quedaron sobrecogidos, y corrió la noticia por toda la montaña de Judea. Y todos los que lo oían reflexionaban diciendo: -¿Qué va a ser este niño? Porque la mano del Señor estaba con él. El niño iba creciendo, y su carácter se afianzaba; vivió en el desierto hasta que se presentó a Israel*» Lucas 1,57-66.80. Juan está marcado por su nacimiento. Ya en el seno materno saltó de gozo al sentir la presencia del Señor. No obstante, Juan tendrá que hacer su camino de búsqueda. No todo es tan sencillo. Descubrir lo que Dios nos pide es una tarea difícil. Nos exige salir de nosotros mismos, **abandonar la seguridad de nuestro interior e iniciar un camino nuevo.**

**El camino que tuvo que recorrer Juan fue largo y exigente.** Conociendo cómo fue su

<sup>8</sup> Anne-Dauphine Julliand, “Llenaré tus días de vida“, 176

<sup>9</sup> J. Kentenich, “Las fuentes de la alegría“, 116

nacimiento nos parecería lógico pensar que todo estaba claro. Sin embargo, no era tan claro. Por eso fue necesario adentrarse en el desierto y buscar en el silencio la voluntad de Dios. El desierto se convierte en ese espacio de paz en el que puede discernir en soledad su vocación. Pero no es un tiempo fácil. El desierto es tiempo de luchas y confrontaciones. Juan se confrontó con sus deseos, con sus sueños más personales. Es la primera lucha. El otro día leía una reflexión sobre la búsqueda de la voluntad de Dios cuando nos aferramos a la propia voluntad: *«Muchas veces en la vida he deseado que Dios violentara mi libertad, pero no lo hace. En mi vida de todos los días no me es difícil intuir lo que Dios quiere, y creo que realmente no es difícil hacerlo, si uno se da tiempos de silencio con Dios. Pienso que el mayor obstáculo para escuchar a Dios es la resistencia de nuestra voluntad, querer apostar por nuestros propios deseos y no por los suyos o querer a toda costa que su voluntad coincida con la nuestra»*<sup>10</sup>. Esa lucha personal de Juan ocurrió en la soledad del desierto. Él, a solas con Dios, luchando contra su querer. Luchó contra sí mismo, luchó contra sus deseos a veces egoístas, se enfrentó a ese Dios que lo quería sólo para Él. Allí se hizo fuerte y, al mismo tiempo, tocó su debilidad. Pero gracias a esa lucha pudo hacerse fuerte. El corazón se resiste a aceptar una voluntad distinta a la propia y no quiere escuchar el querer de Dios. Nos aferramos siempre a nuestros planes y queremos otros proyectos diferentes. ¿Qué habría soñado Juan en su corazón joven y apasionado? **¿Cómo habría querido que fuera su vida?**

**Pero lo cierto es que al final, en el silencio del corazón, supo cuál era el camino y halló la paz.** Después de la lucha vino la calma. El otro día leía: *«Es increíble lo distinto que se mira un camino cuando se ha tomado distancia. ¡Cómo cambia el sabor de la montaña cuando se ha llegado a la cima! ¡Qué diferente es la calma después de haberse enfrentado a la tormenta!»*<sup>11</sup> En la paz del alma fue posible descubrir lo que pensaba Dios. Por eso, cuando logramos saber lo que Dios espera de nosotros, caminamos con esperanza. El P. Kentenich hablaba mucho del ideal personal, de la misión especial que Dios tenía para cada uno: *«El ideal personal desarrolla el núcleo de la personalidad. Nos ayuda a que el amor a los hombres vuelva a ser de nuevo personal, a transformarlo de un amor al ello en un amor al tú, en un amor cálido, personal. Nos ayuda a ascender del amor personalizado al yo y a los hombres hacia el amor personal a Dios»*<sup>12</sup>. Nuestra misión original logra que nuestro amor sea cálido y personal. Nos ayuda a amar con nuestro carisma personal y único. En definitiva, toda misión tiene como núcleo el amor. Y nuestra forma de amar es única. Cuando descubrimos cómo quiere Dios que seamos santos aprendemos a vivir de forma original y sencilla, sin compararnos, sin pretender ser quienes no somos. Juan descubre su camino. Su misión es mostrar al Cordero de Dios entre los hombres. Sólo eso. Cuando ya lo ha hecho, cuando ha visto a Dios arrodillado ante él en el Jordán, entiende que ya ha realizado lo que Dios esperaba. ¿Por qué no podía él ser discípulo de Cristo? Juan, en su humildad, deja que Cristo crezca. Él disminuye y desaparece. Sus discípulos se hacen discípulos de Cristo. **Él muere sólo en una cárcel sabiendo que el Reino de Dios ya se está haciendo vida en las obras de Cristo.**

**María nos muestra el querer de Dios en nuestra vida.** Como buena Madre nos revela el rostro del Padre para que sigamos sus pasos. Ella quiere sostenernos en los momentos de dolor y en el sufrimiento, en las dudas y en la búsqueda. Pero este amor a María ha de ser un amor profundo y recio. Un amor auténtico y forjado en el camino. Decía el P. Kentenich: *«Si el amor a María ha de desarrollarse en nosotros rica y fecundamente, no puede ser algo sentimental solamente sino que debe apoyarse en sólidas convicciones. De no ser así, le ocurrirá lo mismo que a un árbol que, con los embates del tiempo, se desarraiga rápidamente»*<sup>13</sup>. Por eso hoy volvemos la mirada a María y le pedimos en el Santuario que nos sumerja **en el desierto de su corazón de Madre, en su silencio, para entender sus planes y ser capaces de decir «sí».**

<sup>10</sup> Alberto Reyes Pías, “Historia de una resistencia”, 83

<sup>11</sup> Alberto Reyes Pías, “Historia de una resistencia”, 59

<sup>12</sup> José Kentenich, “Las fuentes de la alegría”, 360

<sup>13</sup> J. Kentenich, “Cuarta homilía de Cuaresma”, Milwaukee, 1954